

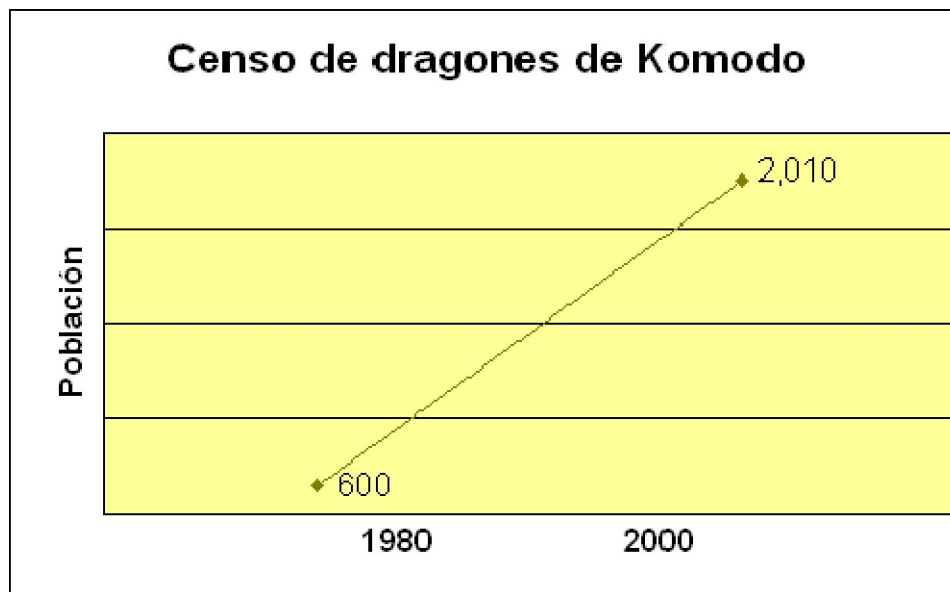
No hay radiación que acabe con el dragón de Komodo (José Cruz Cabrerizo)

Abstract: visto que nadie quiere tirar la primera piedra de su arsenal nuclear, el autor del artículo, y como quien no quiere la cosa, plantea la posibilidad de que el cataclismo global no proceda de una conflagración entre potencias atómicas, sino de la reproducción descontrolada del Dragón de Komodo (*Varanus Komodoensis*).

Abstract: aquí dice lo mismo que arriba pero en inglés.

El 5 es un número cabalístico para el onanista, porque cinco son para él los dedos de la mano libre. Pero cinco son también los dragones de Komodo o *Varanus Komodoensis* que *Nature* publicó que han nacido del vientre inmaculado de su madre por culpa o a causa o gracias (táchese lo que no proceda) de/a la partenogénesis. Purísima concepción si se tiene en cuenta que no hubo mucho macho papi chulo de por medio. Y es que aunque suene a Partenón, el sitio donde los dioses se tiraban los trastos unos a otros, en realidad la partenogénesis se refiere a la posibilidad de que una hembra conciba sin intervención de la semillita del otro lado, condición sine qua non para la procreación, o eso es lo que con frases atascadas se les enseñaba a los niños post nacionalcatolicismo.

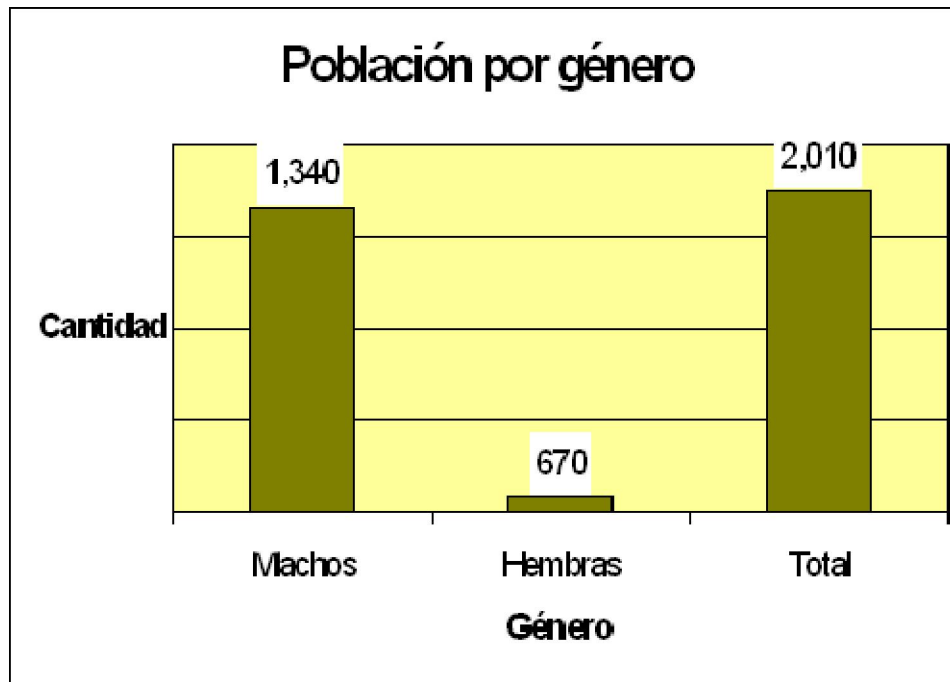
Hace años, cuando aquello todavía era el INSALUD, la institución puso unos carteles muy bonitos en los aseos del personal hospitalario para concienciar sobre las necesidades de profilaxis permanente: *"Debajo de tu anillo puede haber tantos gérmenes como habitantes tiene la ciudad de Bruselas"*. Y uno, celador interino que en aquel tiempo no lucía anillo, de todas formas se aplicaba el cuento con fruición y desinfectante. Un amigo mío decía: *"Mira, cada vez que respiramos mandábamos siete chinos a la Fuente Amarilla, que es el lugar donde los chinos dicen que van las almas de los muertos"*. Éramos críos, y él se cargaba chinos a la velocidad de Rambo. Respiraba rápido el muy cretino robándonos el aire (por entonces también creíamos que el oxígeno era finito). Sorbía y sorbía y además sisaba del dinero que le daban en su casa para el Domund con que bautizar chinitos. Así que muchos de los que el mismo dejó huérfanos se vieron privados también de tener un padre en las alturas. Ahora sería un lío, porque no sé cómo andará de habitantes Bruselas en relación a aquellos años, pero cuando me lavaba las manos leyendo aquel cartelito, me daba por pensar si no me estaría cargando a unos cientos de bruseleses que a esas horas bien podrían estar paseando junto al monumento al átomo.



Son las cosas de la profilaxis y la mentira, o de la mentira profiláctica. Ya lo sabía gracias a los documentales repetidos de la 2: no hay medicina capaz contra la mordedura del dragón de Komodo. En el programa enseñaron una especie de lápida en memoria de un explorador. Como todos los exploradores, prefirió adentrarse él solito en las espesuras selváticas, haciendo oídos sordos a las supercherías de los nativos de la isla de Komodo para estudiar al “peaso” bicho con el que tienen que malvivir los nativos. De ese San Jorge lo único que quedó fue la plaquita in memoriam. También está documentada una mordedura que matemáticamente, al cabo de tres días, acabó con la vida de una turista suiza, que es lo que tarde la septicemia en darte p’abajo. El bicho tiene su miga, le gusta la carne hecha y por eso no te mata en el momento, solo te muerde. Con el combinado de microbios que te mete en el body ya tienes bastante, y como aquel que esperaba ver el cadáver del enemigo pasar, va dejando que te ablanden los agentes patógenos. Luego, con ese GPS olfateador químico que tienen en la lengua conectado con el órgano de Kreutzfeld Jacobson o como se escriba, te localizan cuando empiezas a pudrirte.

Sungai, la madre padre, en un ejemplo de moderna familia monoparental llevada al extremo de Juan Palomo ha sacado adelante 5 especímenes de ese dulce animal, como los cinco lobitos que la loba tenía blancos y negros debajo la cola, que cuando adultos medirán tres metros y van a pesar entre 90 y 130 kilos que no les impedirán correr a una velocidad muy digna.

Dicen los científicos en *Nature* que por esa regla de tres (que las dragonas reproduzcan a partir de sí mismas como las medusas), podrían colonizar una isla, teniendo en cuenta que esos berracos de sangre fría son excelentes nadadores. Ahí es donde nos lleva el resultado de mi investigación: no se debe temer ni a Irán, ni a los maletines rusos con isótopos radiactivos, ni a la Corea de Kim Jong-il por muy grandes que se ponga los tacones y mucho que se carde el pelo para parecer más alto, ni deben atemorizarle a usted los parias nucleares de India y de Pakistán.



A los grünen alemanes, los verdes teutones, en los 80 les surgió la idea de comprar terrenos alrededor de las centrales nucleares. Te pillabas una parcela de 1 m² y parcelita a parcelita les fastidiaban el invento si querían ampliar la central. Me figuro que cuando lean esto que digo a continuación en mi estudio, venderán en comandita a algún especulador español: **La destrucción de la humanidad vendrá de la boca del *Varanus Komodoensis*, esto es, de la multiplicación de sus crías y de la pandemia que provocaran sus microbios, no de la descomposición del átomo.** Con esa facilidad suya para reproducirse pueden conquistar una isla y el páramo castellano si les diera la gana. Para respaldar mi afirmación, observo que en términos de planificación estratégica estas son las ventajas con que cuentan los varanos que pensarán invadirnos para sacarnos de este valle de lágrimas de cocodrilo:

- 1 – Calentamiento global, con lo que el hábitat lo tienen seguro.
- 2 – Buenas comunicaciones con los núcleos de población costera si exceptuamos la costa granadina.
- 3 – Urbanitas deseosos de mascotas exóticas.
- 4 – Sobrecarga de las urgencias.
- 5 – Un largo rosario de etcéteras que si bien no expongo no por eso dejan de darme la razón.

El primer vector de la infección será cualquiera: un bañista de cercanías confiado; la representante de cosmética Avon que no podría correr so pena de perder pociones y comisiones; ese repartidor de donuts que siempre para en el mismo pinar, un poco apartado de la autovía y en donde hace aguas mayores y una gallarda si le pilla el día estresado... Dada la ingesta de pollo con antibióticos por habitante y día, nuestras defensas están más que abotargadas. De modo que la progresión de infectados por mordida (no la del empleado corrupto) y luego por simpatía contagio podría seguir una progresión exponencial en pocos días.

Otra ventaja estratégica es que los 4400 ejemplares que quedan de Dragón de Komodo puestos a cumplir... Y tanto da, porque ya hemos visto que puestos a las malas no necesitan las unas de los otros. No hay que ser Pitágoras para echarle cuentas, ni kilómetros de costa para prever lo que podría ser el día "D" a la hora "K". Recuperan así el lugar en el podio evolutivo que un día les correspondió. De modo que aquella película sobre la vida después de una guerra

nuclear, que tanto nos acojonó en su día, “El día después”, más que espanto despertará a partir de ahora la hilaridad.

Pero bueno, no todo son risas. Lo que más me ha molestado de esta ardua investigación mía son los resultados colaterales que me arroja: tengo que sacar las latas de callos, fabada, albóndigas, y sardinas, sobres de sopa liofilizada, botellas de tinto, semillas, hojas de laurel, tacos de mojama, pimientos secos de cornicabra, la perdiz disecada con ojos rojos de cristal que tan bien me luce encima del televisor, y todo con tal de que me entren las vendas, la mercromina, los apósitos y la vacunas antitetánicas. No hay nada que hacer contra la mordedura del dragón de Komodo, pero, ¿y si mientras sí, mientras no, mientras espero mi billete de embarque por vía mordida o contagio simpatía, me sale un uñero? Mi coqueto refugio nuclear subterráneo de los 80 no me da para caber holgado con tanta intendencia.